

## ***Y DESPUÉS DE LA MUERTE DE DIOS... ¿QUÉ?***

*Tomás Ibañez*

Heidegger, al igual que Nietzsche y que Foucault, es un pensador inquietante y molesto. Sobre todo para quienes se ubican ideológicamente en cualquiera de las múltiples variantes que constituyen lo que se ha venido llamando desde hace más de un siglo la izquierda, tanto si es reformista como si es revolucionaria. La incomodidad que provocan estos tres pensadores es fácilmente comprensible, aunque no deja de ser extrañamente paradójica. En efecto, una de las dimensiones que estructuran la sensibilidad emancipativa de la izquierda es una marcada desconfianza, por no decir un tajante rechazo, hacia las creencias religiosas en seres trascendentes y muy particularmente en la figura de un Dios todo poderoso. Parece, por lo tanto, que la izquierda debería acoger con jubilosa satisfacción el meticuloso y definitivo asesinato de Dios perpetrado por estos pensadores. Sin embargo, es precisamente este asesinato lo que no se les perdona y lo que los convierte en pensadores sospechosos y molestos.

Estoy convencido de que la reflexión sobre esta reacción paradójica puede ayudar a entender mejor las características, y las limitaciones, del pensamiento de izquierda, a la vez que puede aportar argumentos a favor

de una ruptura radical con las ideologías emancipadoras que se fraguaron a lo largo del pasado siglo (marxismo y anarquismos esencialmente) y que siguen bloqueando hoy en día la elaboración de un nuevo paradigma ideológico más acorde con las actuales sensibilidades contestarias.

La ideología contra la cual se rebelan Nietzsche, Heidegger y Foucault no es otra que la ideología de la modernidad, ideología que impregna todas las fibras de las sociedades occidentales (y de algunas otras), y que conforma por lo tanto nuestra propia forma de ser y de pensar. Esta ideología, configurada en el siglo XVIII por los filósofos de la ilustración, enriquecida y consolidada durante los dos siglos siguientes y plenamente asumida por toda la izquierda, es absolutamente indisociable de la lenta emergencia de la Racionalidad Científica a partir del siglo XVII. Es, por así decirlo, la dimensión ideológica de la Razón Científica. En efecto, los pensadores de la ilustración, desbordantes de optimismo y de esperanza ante los logros de la Razón Científica, dieron la espalda al oscurantismo místico, atacaron la sarta de supersticiones que aquejaban a la humanidad y emprendieron con alegría la demolición sistemática del entramado en el que se basaba el anterior ejercicio del poder ideológico (y fáctico). La Verdad ya no podía emanar de la referencia "autorizada" a Dios, léase la institución religiosa, sino que era competencia del puro y simple ejercicio de la Razón. El discurso ideológico de la ilustración era muy claro: la Razón aseguraría el Progreso, conduciría hacia el Bien-Estar-Social, disiparía las tinieblas, acabaría con las falsas creencias que permiten subyugar a los individuos y destruiría por fin la posibilidad misma de la arbitrariedad. La humanidad había encontrado el instrumento adecuado para reconquistar el paraíso terrenal y poner punto final a la Historia.

Podría parecer que a través de ese tipo de discurso, la ideología de la modernidad estuviera matando a Dios, pero lo que está haciendo en realidad no era sino limitarse a secularizarlo reintroduciendo el principio mismo de Dios en el terreno de lo que es simplemente humano.

Para percatarnos de ello es preciso reflexionar un momento sobre uno de los procedimientos que han utilizado las sociedades para asegurar su cohesión y evitar el permanente peligro de una disgregación interna producida por la confrontación directa, y a veces violenta, entre sus compo-

---

nentes. La forma general que han tomado esos procedimientos a lo largo de la historia ha consistido en postular la existencia de un meta-nivel que trascendiera la "finitud" humana y en designar unos mediadores que tuvieran el privilegio de encarnar este meta-nivel o de dejarlo hablar por su propia boca. De esta forma nadie es juez y parte en los conflictos, sino que se pueden acatar en confianza los veredictos porque no emanan precisamente de un simple semejante; asimismo, nadie se encuentra solo frente a las decisiones que debe tomar, puesto que dispone de indicaciones e informaciones que escapan a la mera subjetividad humana. No importa que, según las sociedades, el meta-nivel consiste en una divinidad, en la tradición, en el conocimiento objetivo o en la supuesta voluntad general, ni que sus mediadores sean clérigos o chamanes, venerables ancianos, expertos científicos, o representantes del pueblo. Lo que importa es que exista una instancia independiente de la frágil y voluble existencia simplemente humana, y que sea por lo tanto absolutamente creíble. Es en este sentido en que se puede decir que todas las sociedades disponen de una "economía de la verdad" y articulan una Retórica de la Verdad. Pero para que una retórica de la verdad sea eficaz se requieren, por lo menos, cinco condiciones:

- El exclusivismo: una retórica de la verdad debe ser totalmente hegemónica en el ámbito que le corresponde. En efecto, cualquier pluralismo reintroduce la mera contingencia humana, mediante la posibilidad de elegir entre las diversas "verdades" aquella que más conviene. El meta-nivel desciende de esta forma hacia el simple nivel de la existencia humana.

- El absolutismo: los criterios de la verdad no pueden ser "relativos" respecto de cualquier otra cosa, ni en el tiempo ni en el espacio. Si lo fuesen no estarían situados en un auténtico meta-nivel y perderían su credibilidad.

- La superhumanidad: la verdad no puede resultar de la actividad humana. Los seres humanos sólo pueden "descubrirla", "expresarla" o "traducirla" en sus propios términos. La verdad es la verdad con independencia de lo que los humanos podamos decir, creer o hacer.

---

•La legitimación ideológica: si una retórica de la verdad tuviera que imponerse mediante la fuerza perdería de inmediato todo sentido. La adhesión debe conseguirse y mantenerse a través de un continuado proceso de legitimación ideológica.

•Producción de efectos de poder: la razón de ser de una retórica de la verdad consentida consiste en constreñir a las personas, arrancando su sumisión. Cuando la extensión de las disidencias impide que una retórica de la verdad produzca efectos de poder, ésta deja de actuar como tal.

Es cierto que los pensadores de la ilustración ayudaron a dismantelar la “Retórica de la Verdad” basada en la figura de Dios, pero lo que nos ofrecieron en su lugar estaba basado en los mismos principios. En efecto, todas las condiciones generales que acabamos de ver se encuentran reproducidas con absoluta exactitud en la retórica de la verdad basada en la Razón. Está claro que aunque la Razón sea una producción humana, los criterios que la definen están situados en un meta-nivel que trasciende nítidamente la mera contingencia y variabilidad de la propia condición humana, y que las prácticas científicas constituyen hoy en día las únicas prácticas sociales que están socialmente legitimadas para producir la verdad acerca de cómo es el mundo en el que vivimos. Se nos enseña que todas las producciones culturales humanas son cambiantes y relativas a la época a la que pertenecen, pero se añade... salvo la Razón Científica, ella misma. Se nos dice que debemos dudar de todo... excepto del carácter absoluto, fijo, ahistórico, de los criterios de la científicidad. Para acceder al conocimiento válido es preciso arrinconar todo elemento social o histórico que pueda condicionarlo y suprimir toda huella de subjetividad que pueda distorsionarlo, así como todas las características, simplemente humanas, de quienes formulan ese conocimiento.

La retórica de la verdad científica es —sin duda— una de las retóricas de la verdad más potentes que jamás se hayan concebido y los ideólogos de la Razón Científica han conseguido hacernos creer que —dichosos nosotros los contemporáneos de la modernidad— tenemos el privilegio de disponer por fin de la “verdad” “Retórica de la verdad”.

Los ideólogos de la ilustración mataron a Dios, pero, tranquilos, no

---

pasa nada... porque lo resucitaron inmediatamente bajo la forma de unos principios absolutos, trascendentes, supra-humanos, ahistóricos, incuestionables que radican en la propia Razón y que surten los mismos efectos. Si algo es “realmente” científico, realmente objetivo, ya no queda lugar para el debate entre seres humanos, sólo queda la sumisión ante la fuerza de las pruebas.

Anunciando la era de la post-modernidad, la gran aportación de Nietzsche, Heidegger y Foucault consiste precisamente en denunciar el juego de manos que se encuentra en el origen mismo de la ideología de la modernidad y mediante el cual se hace salir públicamente a Dios por la puerta principal al mismo tiempo que se abre la ventana para que pueda volver a entrar sigilosamente en la habitación. Pero la denuncia no basta. Estos pensadores van más lejos y no dudan en cerrar la ventana dejando a Dios definitivamente en la calle con todas las consecuencias que esto comporta. Una de las más importantes, es que no nos queda otro remedio que asumir plenamente la inexistencia de cualquier meta-nivel que trascienda la simple existencia humana. No hay ningún principio absoluto, no hay ningún criterio que tenga una fundamentación firme y definitiva; los seres humanos no pueden ampararse en nada que no provenga de sus propias producciones. Esto significa que nuestra época no goza de ninguna inmunidad histórica, que no tiene ningún privilegio respecto a las épocas anteriores, y que lo que hoy damos por sentado, por evidente, por incuestionable, aparecerá ante los ojos de nuestros descendientes más o menos remotos como algo tan relativo y tan ligado a las peculiaridades de nuestros tiempos como nos puedan parecer a nosotros los firmes principios que regían las creencias de nuestros lejanos antepasados. Nietzsche, Heidegger y Foucault nos enseñan que en la medida en que toda “Retórica de la Verdad” presupone necesariamente el carácter absoluto, invariable y trascendente de los criterios que la inspiran; es preciso reconstruir todas y cada una de las retóricas de la verdad para poner de manifiesto la falsedad de esos supuestos y el carácter puramente contingente e histórico de esos criterios. La tarea no es fácil porque quienes la emprenden están inmersos ellos mismos en las evidencias de su propia época. Pero esta operación es tanto más imprescindible cuanto que no sólo contribuye a

deslegitimizar cualquier pretensión de ubicar la verdad fuera de las frágiles decisiones simplemente humanas, sino que también revela, y con ello debilita, los efectos de poder producidos por esas retóricas.

La izquierda está dispuesta a aceptar algunas de las consecuencias producidas por la “deseccularización de Dios”, pero otras le horrorizan literalmente. Entre las primeras está, por ejemplo, el hecho de que si no hay verdades absolutas tampoco queda lugar para las intolerancias, puesto que ningún punto de vista dispone de justificación última para ser impuesto sobre los demás. También está el hecho de que todo pasa a ser cuestionable y abierto al examen crítico ya que todo está fundamentado en última instancia sobre criterios simplemente humanos, es decir, criterios circunstanciales y cambiantes.

Entre las consecuencias que le producen escalofríos están en primer lugar el hecho de que los propios criterios de la Razón Científica y el concepto de “Objetividad” se tornen problemáticos. No es para menos, pues en la medida en que la izquierda ha depositado su confianza en la Razón Científica como arma para combatir el oscurantismo y la arbitrariedad se entiende perfectamente que manifieste los más fuertes recelos ante cualquier planteamiento que cuestione la contundencia de esa arma. No voy a entrar aquí en los pormenores de esta cuestión, pero sí quiero señalar, de paso, que el desmantelamiento de la “retórica de la verdad científica” y el abandono del “mito de la objetividad” no nos deja, ni mucho menos, huérfanos de todo criterio para optar entre las afirmaciones que se hacen acerca de la realidad. Simplemente se “rehumanizan” esos criterios insertándolos en el inseguro plano de las deliberaciones humanas. El único plano que nos queda cuando de verdad se ha expulsado a Dios.

En segundo lugar, lo que resulta inadmisibile para la izquierda es que si mata realmente a Dios, todo parece “estar permitido incluso en el plano de la ética y de los valores. En efecto, si todo es relativo, si nada puede fundamentarse en otra cosa que en las decisiones humanas, y sin ningún criterio está inmunizado contra la variabilidad histórica, parece claro que ni la solidaridad, ni la justicia, ni la dignidad humana, ni la igualdad, ni la libertad pueden ser presentados como valores que deben privar sobre sus contrarios. Si la única brújula que nos queda es nuestro propio interés

y la satisfacción de nuestros apetitos, entonces el compromiso ideológico carece de sentido y el cinismo parece constituir la única opción razonable. Se abre así en el camino a la barbarie y a la irracionalidad, ya que podemos elegir entre la crueldad y el amor sin otra preocupación que la de hacer lo que más nos apetece.

En otras palabras, si los valores de la izquierda no son ni más ni menos válidos que los valores opuestos; si se trata de construcciones históricas tan circunstanciales como las construcciones opuestas; si no hay un criterio firme y trascendente que los fundamente como superiores y objetivamente preferibles a otros valores, cualquier postura pasa a ser tan legítima como cualquier otra y el discurso de la izquierda pierde toda su fuerza para suscitar adhesiones y motivar las luchas en contra de las injusticias sociales.

De hecho, podemos constatar actualmente cómo van perdiendo su capacidad de seducción los grandes discursos normativos y cómo va prosperando la desconfianza hacia quienes hablan en nombre de grandes principios. Pero carece de sentido pensar que el ataque de Nietzsche, Heidegger y Foucault contra toda fundamentación trascendente no deja sitio más que para el cinismo y la desimplificación social.

El hecho de llevar a cabo una operación de demostración de las retóricas de la verdad y de denunciar la simple transmutación de Dios en una serie de principios trascendentes no abre las puertas al “todo está permitido”, ni al “todo vale por igual”. Se trata simplemente de resituar la cuestión de los valores en el ámbito de la deliberación humana, recordándonos que las mayores atrocidades no han surgido nunca de un ataque a la Verdad sino que se han cometido precisamente en nombre de una u otra retórica de la verdad.

No hay pues negación de los criterios éticos sino reconocimiento de que no existe otra fundamentación para esos criterios que la proporcionada por opciones simplemente humanas. Todos sabemos de lo que es placentero, agradable, bueno y también de lo que no lo es porque lo experimentamos a diario en nuestra propia carne. Todos tenemos, por lo tanto, un concepto de lo que es deseable para nosotros mismos y para nuestros semejantes. Pero no hay ningún principio trascendente que nos permita

decir que lo que “sabemos” que es “bueno” debe guiar nuestra conducta. Se trata de una decisión plenamente nuestra y no hay forma de asegurar que una opción sea mejor que otra recurriendo a ningún criterio externo.

Pero, cuidado, eso mismo vale para cualquier opción que se nos quiera imponer o para cualquier situación que se nos quiera hacer aceptar. La ausencia de fundamentos últimos no sufre excepciones y es precisamente esta ausencia la que nos brinda la posibilidad de decidir por nosotros mismos. No es que la barbarie nazi o las actividades de los explotadores o el *apartheid* puedan ser condenadas en nombre de algún criterio objetivo, absoluto y firme, pero quienes decidimos no aceptarlas estamos legitimados a construir todos los mecanismos sociales que nos permitan defendernos y acabar con ellas. ¿En nombre de qué? Pues simplemente en nombre de lo que como grupo de seres sociales hemos decidido hoy por hoy que era lo mejor o peor, y sólo en nombre de eso.

Esto significa que una comunidad humana puede establecer obligaciones y sanciones, establecer lo que es deseable y lo que es intolerable, pero lo que no se puede hacer después de Nietzsche, Heidegger y Foucault es exigir el acatamiento de las obligaciones y aplicar las sanciones en nombre de ningún principio trascendente. Para fundamentar las obligaciones y las sanciones no se puede apelar a otra cosa más que a las propias decisiones de la comunidad; la responsabilidad es exclusivamente suya y no puede escudarse tras principio alguno que vaya más allá de sí misma. Las consecuencias son claras. Toda decisión propiamente humana es argumentable y discutible, puesto que no puede ampararse en nada que sea más firme que el suelo simplemente humano del que surge, y cuando no existe ningún meta-nivel al que remitirse para legitimar las decisiones que se toman y el poder que se ejerce, entonces éstos aparecen como lo que son, para conveniencia humana, y empiezan a ser posibles las resistencias y las disidencias.

El asesinato de Dios perpetrado por Nietzsche, Heidegger y Foucault vuelve a situar la cuestión de los valores en manos de la simple contingencia humana, mal que le pesa a la izquierda marxista o anarquista, y con ello, lejos de dejar la rienda suelta al cinismo, se fragilizan tremendamente todas las manifestaciones del poder.

---